

NOVELA
CINE

32

Una mujer a pesar de suyo

DOROTHY MACKAILL
y JACK MULHALL

20



Mujer a pesar suyo



Adaptación de la película del mismo
título, interpretada por

DOROTHY MACKAILL

Y

JACK MULHALL



"First National"

Distribuida por:

Selecciones Gran Luxor Verdaguer

Consejo de Ciento n.º 290

Barcelona



AÑO I. BERLÍN - BARCELONA - LOS ANGELES NÚM. 32

NOVELA CINE

PUBLICACIÓN SEMANAL CONSAGRADA AL ARTE DEL SILENCIO

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
BOU DE SAN PEDRO, NÚM. 9 - BARCELONA

Sale los jueves

PRIMERA PARTE

Situémonos en París, en una casa cualquiera de la gran ciudad, donde el alcohol y la miseria escriben las escenas de aguafuerte de un drama plebeyo. Son las doce de la noche y el silencio nocturno es interrumpido por el ruido de una lucha desigual entre un miserable que golpea a una infeliz mujer y la pobre víctima, que intenta desasirse de su verdugo.

A los gritos de ambos, de la habitación contigua, una inocente niña, Dora Ronsard, corrió tra auxilio de su madre. Sus escasas fuerzas no eran suficientes para vencer al miserable y salió en busca de su padre para decirle:

—Ven, papá... ven en seguida, el tío Pedro está pegando a mamá!

El padre de la chiquilla, casi a viva fuerza, dejó los naipes, y entró donde la niña le indicaba, y le dijo a su cuñado, después de haberlo separado de su mujer:

—¡Vamos, Pedro, a la calle...! ¡El ser hermano de mi mujer, no te da derecho a maltratarla!

Pedro dejó a su víctima y se quedó mirando sorprendido a su cuñado, extrañado de que éste saliera en defensa de su esposa.

Dora, al ver que su padre salía del brazo del hombre que había tan cruelmente maltratado a su madre, no pudo reprimir un grito de desprecio, y exclamó:

—Papá... ¿pero es que no vas a castigar a ese hombre?

Se volvió aquél hacia la pequeña, y empujándola por un brazo al interior de la habitación, la hizo callar, diciéndole:

—Son cosas del vino, muchacha... ¡Tú, a la cama, y no te mezcles en las cuestiones de las personas mayores!

Dora los vió alejarse, y llorando a lágrimas vivas el immenseo dolor que se había apoderado de su alma, cayó sobre el cuerpo inanimado de su madre, mientras que en su corazón se formaba un odio inextinguible hacia los hombres, y que le hizo exclamar:

—¡Cómo odio a los hombres...! ¡Todos son unos miserables...!

La muerte segó, algún tiempo después, la vida de los padres de Dora... y pasaron los años...

La niña fué recogida por su abuela, millonaria, y allá en América, la chiquilla se hacía mujer en medio de un ambiente amable de lujo y de frivolidad. Pero Dora no olvidaba, no podía borrar de su memoria el pasado, y su odio a los hombres, aumentaba con el correr del tiempo.

Asistía a todas las fiestas con su abuela, pero siempre su seriedad y su carácter huraño, la alejaron del contacto de los mariposones que siempre revolotean



...quiso aprovecharse de la ingenuidad de su pareja...

alrededor del esplendor de una belleza femenina. Su abuela había inútilmente recurrido a todos los medios, sin que pudiera hacer que su nieta cambiase de costumbre.

Cierta noche celebrábase en la mansión que habitaban cerca del mar, un espléndido baile, y su abuela le dijo, al verla siempre sentada a su lado:

—Eres ya una mujercita, Dora... ¿Por qué no aban-

donas esa aversión a los hombres, y te diviertes como las demás?

—Prefiero quedarme a tu lado, abuela — respondió la joven.

Pero en aquel instante se acercó uno de los jóvenes invitados, y la dueña, para vencer la terquedad de la muchacha, le suplicó que la sacara a bailar.

Dora, antes que contradecir un gusto de su abuela, aceptó bailar con el joven, y poco después, su presencia en el salón despertó los más vivos comentarios, al verla bailar.

Su pareja de baile, como la mayoría de los jóvenes actuales, creíast en verdad un ser irresistible, y quiso aprovecharse de la ingenuidad de su pareja.

Al dar una vuelta, acercó su rostro al de la muchacha, y le dió un beso.

Dora se separó inmediatamente de él y corrió hacia la terraza, seguida del atrevido, que riéndose de la cortedad de ella, le dijo:

—¡Déjese de aspavientos, Dora!... ¿Por qué no va a ser usted una muchacha como las otras?

—Porque yo odio a los hombres! — repuso Dora.

—¡Me dan asco, todos ustedes!

Y para borrar de sus labios la señal de aquel beso, corrió desesperada hasta la orilla del mar y entró resueltamente en él para lavarse toda la parte del cuerpo que había permanecido en contacto con aquel hombre.

Pero su bailador no se había dado por satisfecho, y la siguió allí, queriendo sin duda repetir su hazaña, ahora con más libertad, puesto que estaban lejos de

toda mirada indiscreta.

Cuando la muchacha luchaba con él, por separarse del abrazo en que la temía, Gustavo Pleyden, un estudiante de medicina, a quien la pureza de la noche primaveral, había llevado hasta aquellos parajes, corrió en su auxilio, y de un empujón la libró de él. Se quitó luego el abrigo, y la cubrió, recogiendo del suelo el vestido de la joven.

Pero con gran sorpresa suya, cuando esperaba una palabra de agradecimiento de parte de Dora, ésta, rehusándolo, le dijo indignada:

—Déjeme usted, por favor... no puedo soportarlo. Jamás volveré a usar vestidos de mujer.

—Señorita... — insinuó él, para disculparse — yo... Pero ella le atajó, diciéndole:

—Le ruego que no me crea usted una ingrata... soy solamente un poco caprichosa... algo rara...

Y ante la sorpresa, cada vez mayor de Gustavo, se alejó con el abrigo que él la había cubierto, sin volver una sola vez la cabeza.

SEGUNDA PARTE

Cinco años se han deslizado, y sobre la mansión de los Ronsard va tejendo sus alas la muerte. La abuela de Dora, agobiada por sus achaques, propios de la vejez, iba viendo cómo se le acercaba el final, sin poder vencer el odio que su nieta profesaba a los hombres, ni su terquedad en vestir igual que ellos.

Dora, desde la noche en que fué perseguida por su

pareja de baile, había adoptado iguales vestidos que los hombres, y sólo se diferenciaba en que los de ella llevaban faldas, pero en lo demás, eran idénticos: americana, chaleco, camisa, cuello, corbata y por si esto era poco, hasta se había cortado el cabello para poderlo peinar en igual forma que los hombres.

Un día, su abuela, sintiéndose peor, la hizo entrar en su habitación, y después de contemplarla durante largo rato, le dijo:

—Siempre igual: siempre esas ropas y esos ademanes de varón... ningún hombre se acercará a ti si sigues por ese camino.

La joven adoptó una postura aún más masculina, y respondió:

—Ya sabes que es eso lo que pretendo: Odio a todos los hombres, y si alguno cayese a mis pies, seguiría adelante, sin mirarle siquiera.

—Pero comprende que es un absurdo el criterio que tienes formado de todos. Por uno no has de juzgar a los demás.

—Para mí — respondió Dora — no hay diferencia entre ellos. Todos me son iguales, y por igual mi odio los abarca a todos.

La anciana movió melancólicamente la cabeza, y exclamó:

—Día llegará en que cambies de pensamiento. Conocerás algún hombre bueno, te enamorarás de él, y entonces comprenderás tu error.

—¡Ys no me enamoraré nunca, abuela! — protestó energicamente la joven, convencida de sus palabras.

Pero su abuela, cuya experiencia de la vida era mu-



—...soy solamente un poco caprichosa...

cho mayor y comprendía el dulce sentimiento que tarde o temprano se apodera de todos los corazones jóveens, respondió:

—El amor es la felicidad... Sin él, la vida sería un infierno. Tú eres mujer, y también habrás de cono cerlo.

Pero Dora no quería convencerse con aquel razonamiento y protestó nuevamente de su sexo.

—¡Yo, ni soy mujer, ni quiero parecerlo!

La anciana, para demostrarle cuán equivocada estaba, fingió abandonar aquella conversación, y entregándole una llave, le ordenó:

—Toma, abre la caja de caudales y tráeme un cofre cito que hay allí.

Obedeció la muchacha el mandato y su abuela, mostrándole el pequeño cofre cerrado, volvió a decirle:

—El contenido de este cofrecito perteneció a las mujeres de la familia Ronsard durante varias generaciones... Ahora es tuyo.

Dora, al abrirlo y ver las hermosas alhajas que contenía en su interior, no pudo contener un grito de admiración y las tomó para ver el efecto que hacían colocadas sobre ella. Al fin mujer, su instinto era mayor que su voluntad, y la frivolidad, la coquetería propia de su sexo, vencía el odio que en su corazón había hacia los hombres, mostrándose más femenina que nunca.

Su abuela sonrió contemplándola, y le dijo:

—¿Lo ves?... ¡Ya no eres un muchacho! Tu sexo ha podido más que tu voluntad. Sólo las mujeres se interesan tanto por las joyas.

Dora, al verse descubierta, abandonó precipitada-

mente las alhajas dentro del cofre, y lo cerró violentamente, guardándolo de nuevo en la caja de caudales.

En aquel instante, la señora Pleyden, íntima amiga de largo tiempo de la anciana Ronsard, llegó a la casa acompañada de su hija Florencia, para informarse del estado de salud de la abuela de Dora y la enferma, al verla entrar, le gritó, alegramente:

—Pase, amiga mía... ¡No sabe las ganas que tenía de volverla a ver!

La señora Pleyden, después de saludar a la abuela y a la nieta, le dijo a ésta última:

—Florencia está abajo, esperándote, Dora... ¿No quieres ir a charlar un rato con ella?

La joven corrió gustosa en busca de su única amiga, mientras que la anciana Ronsard, le comunicaba a la señora Pleyden los temores que le causaban la extraña conducta de su nieta y terminó suplicándole:

—Veo que llega mi última hora, querida... Cuando yo no exista, vele usted por Dora... Es buena, y necesita que alguien guie sus pasos.

—Lo intentaré — repuso la señora Pleyden, — pero Dora es de un carácter muy independiente, y siempre siente por los consejos el mismo desdén que por los hombres.

Las dos muchachas también habían enlazado la conversación y ambas se contaban sus intimidades, aun cuando sus caracteres eran completamente diferentes.

Florencia Playden, la hermana de Gustavo era la feminidad personificada, una linda muñequita enamorada de su sexo y que luchaba denodadamente para hacer

que Dora abandonase aquellas ideas que ella consideraba tan estrañalarias.

Después de mucho discutir, comprendió Florencia que era inútil insistir sobre aquel tema, y cambiando la conversación, le dijo:

—He tenido carta de mi hermano... Dicen que es un médico excelente.

—Tengo verdaderos deseos de conocerle — exclamó Dora. — Supongo que será tan simpático como su hermana.

—Muchas gracias — contestó Florencia — Pronto lo conocerás, porque vuelve a casa.

Nuevamente quiso Florencia atacar a Dora su odio hacia los hombres, y nuevamente se convenció también que cuanto hiciese sobre aquel particular, era perder el tiempo inútilmente.

TERCERA PARTE

Se cumplió la ley inevitable de la vida, Murió la abuela, y Dora, al recibir su herencia, comprendió que lo que perdía, valía mucho más que lo que ganaba.

En su soledad, Dora había huído casi del trato con la gente, hasta que un día, el Destino o la Casualidad, que tiene a veces caprichos extraños, volvió a reunirla con Gustavo.

Venía el joven hacia su casa, por la carretera que conducía a la ciudad, cuando de pronto su auto chocó con el de Dora, que como siempre, iba vestida de hombre:

La maniobra había sido mal realizada por la muchacha, y Gustavo exclamó, indignado:

—¡Imbécil!... ¡Conduce usted peor que una mujer!

—A mí no me insulta nadie! — respondió ella, bajando del coche. — ¡La mujer lo será usted!

Gustavo reconoció entonces a la muchacha, cuyo recuerdo no le había abandonado desde la noche en que la conoció de una manera tan extraña, y echándose a reír, le dijo:

—¿Quién nos iba a decir que después de cinco años nos íbamos a encontrar de un modo... tan accidental?

—Verdaderamente, nunca hubiera creído encontrarlo a usted por aquí — respondió ella.

Gustavo se fijó entonces en la forma que iba vestida, y acordándose de la promesa que hizo la noche del encuentro, exclamó:

—Veo que ha cumplido usted su promesa de no usar vestidos femeninos.

—Yo cumlo siempre lo que digo — exclamó ella, molestada de que se pudiera dudar de su palabra.

El coche de la joven había quedado inutilizado, y Gustavo le ofreció galantemente el suyo, diciéndole:

—No puede usted utilizar su auto; espero que aceptará el mío... ¿Dónde quiere usted que la lleve?

—A mi casa... Mansión Ronsard — respondió Dora, aceptando el ofrecimiento.

Mientras marchaban, camino de la casa de la joven, Gustavo la preguntó:

—¿Entonces usted es Dora Ronsard?

—Así me llamo — respondió la muchacha, que se veía que no tenía muchas ganas de entablar conversación.

Gustavo, sin darse cuenta del silencio que quería conservar la muchacha, siguió diciéndole, alegremente:

—Hoy todo son casualidades... Vamos a vernos en lo sucesivo con mucha frecuencia.

—¿No sé por qué? — respondió Dora.

—Porque usted es la íntima amiga de mi hermana Florencia.

—Ahora comprendo — contestó su compañera, más tratable —: Usted es el médico, ¿verdad?

—El mismo, en cuerpo y alma — dijo él. — Yo no pensaba quedarme esta noche en la fiesta que se celebra en mi casa, pero si usted me promete que irá, me quedaré con mucho gusto.

La conversación languideció, y Gustavo, para reanudarla, le preguntó, pasados unos momentos.

—¿Recuerda usted aquel vestido que dejó en la playa la noche que nos conocimos?... Lo guardo, desde entonces...

—Esperando que yo le devolviese su abrigo, no? — respondió indiscretamente Dora.

Habían llegado a la Mansión Ronsard y Gustavo se despidió de ella, no sin haber conseguido antes la promesa de que no faltaría a la fiesta que había de celebrarse en su casa aquella noche, con motivo de su llegada.

Después de la comida en casa de los Pleyden, mientras en el salón la fiesta se hallaba en su apogeo, Dora y Gustavo salieron a la terraza, para hablar a solas.

El muchacho, después de mirarla detenidamente, le dijo, señalando el "smoking" con que ella iba vestida:



...al fin mujer su instinto era mayor que su voluntad...

—Está usted muy bien con este traje, que para otra mujer resultaría un poco atrevido.

Comprendió Dora que había llegado el momento de las galanterías, y para sustraerse a ellas, le contestó:

—Gracias. Y para cambiar de conversación, le ruego que me dé usted un cigarrillo.

Otro de los invitados a la fiesta de Gustavo, había sido el célebre escritor Eduardo Byland, uno de los

novelistas de moda, cuyos asuntos se inspiraban siempre en la realidad.

Florencia le hablaba de su amiga, del carácter tan extraordinario de ella, de sus estrañas costumbres, y terminó diciéndole:

—Huye de los hombres, como del mismo diablo.

—¿Es decir, que no le gustan los hombres? — preguntó, extrañado, el novelista.

—En absoluto — respondió Florencia. — Altos... bajos... gordos... delgados... Los aborrece a todos.

Gustavo había sido llamado por su madre, para que saludara a Byland, y previo consentimiento de Dora, fué a donde estaba aquél, que le dijo, después de los saludos de rigor:

—Su hermana me hablaba de Dora Ronsard... Debe ser una muchacha interesante...

—A mí, al menos, me interesa mucho... y si dejase de odiar a los hombres, aunque no fuese más que dos minutos, los aprovecharía para pedirle relaciones — respondió Gustavo.

—Me gustaría conocerla — exclamó el novelista, interesado por aquella joven extraordinaria. — Un carácter tan rotundo, es siempre bonito sujeto de observación para un escritor.

—Nada más fácil — contestó Gustavo. — Aquí viene mi madre, y ella misma te la presentará.

En efecto, momentos después, Dora y Eduardo se hallaban hablando amigablemente en el jardín, mientras que Gustavo, desde lejos, contemplaba a la jo-

ven, pensando que su mayor felicidad sería conquistar el corazón de la muchacha.

CUARTA PARTE

Desde aquella noche, la vida de Dora, tan alejada del trato masculino, tuvo alguna variación. Todos los días Eduardo iba a visitarla, y hasta los criados empezaban a ver sospechosas aquellas continuas entrevistas.

Una mañana se presentó a visitarla Gustavo, y el criado que salió a recibirla, lo detuvo en la puerta, diciéndole:

—La señorita Ronsard tiene visita, y ha ordenado que no se la moleste.

Conociendo el carácter inflexible de la joven, no quiso insistir Gustavo, y salió de la casa, sin poder ver a la muchacha...

La amistad que se había creado entre Dora y Eduardo, era lo que verdaderamente se puede decir platónica. Jamás en sus conversaciones salía a relucir el amor, y uno y otra, como dos buenos camaradas, pasaban el día hablando de literatura y de mil cosas diversas, pero todas distintas de las que corrientemente suelen hablarse entre una muchacha bonita y un joven agradable.

Una mañana, después de almorzar, Eduardo, para agradecerle la invitación, le dijo:

—La verdad, no había esperado tener hoy el placer de almorzar con usted. Me hablaron muy elogiosamen-

te de su biblioteca y eso me ha hecho venir antes que otros días... Y a propósito de libros: voy a escribir uno, que tendrá por protagonista una muchacha como usted.

Dora le miró extrañada, y él continuó diciendo:

—Supongo que me dará usted el permiso para ello?

—Eso dependerá de cómo se desarrolle el asunto— respondió Dora.

—La heroína — le explicó el novelista — debe ser como usted misma... un carácter entero... Nada de hombres... independencia absoluta, casi salvaje, si vale la palabra...

—¡Admirable! — exclamó Dora. — ¡Ese es mi retrato, porque yo nunca sucumbiré a esa tontería que han dado en llamarle amor!

Aquellas visitas no podían pasar desapercibidas para la señora Pleyden y al día siguiente se presentó en la casa de Dora, acompañada de su hija Florencia, y le dijo:

—No comprendo como hagas alarde de tu odio hacia los hombres, y todos los días estás, sin embargo, en la compañía de Byland.

Dora se echó a reír, pero en vista de que la amiga de su abuela, seguía bastante seria, denotando la contrariedad que le producía su conducta, quiso tranquilizarla, diciéndole:

—Es una amistad puramente platónica... Eduardo no habla nunca en hombre, sino en literato.

—Dora, la amistad entre un hombre y una mujer jóvenes, es imposible — sentenció la señora Pleyden.

—Nosotras venimos porque esta situación no puede prolongarse más... Tú necesitas a alguien aquí... una señora de compañía, por ejemplo...

Dora quiso protestar, pero la señora Pleyden se lo impidió, diciéndole de nuevo:

—Todos los días viene aquí y tú lo recibes sola... Y eso se comenta ya en la ciudad.

—¿Quiere usted decir que me critican? — preguntó indignada Dora; pero luego tomando a risa el criterio que pudiera merecerle al mundillo elegante a que pertenecía, exclamó despectivamente:

—¡Déjelo usted...! No voy a privar a la gente de un tema agradable de conversación.

La señora Pleyden quiso sincerarse ante los ojos de la joven y para que no tomara las palabras a reproche de ningún género, le dijo cariñosamente:

—Es por tu bien por lo que te lo digo, comprendelo... No se puede tener un carácter tan independiente. Yo no puedo abandonarte así, Dora... Una muchacha de tu posición necesita a su lado una señora... o un marido.

Dora hizo un gesto de contrariedad y Florencia, que sentía por su amiga un verdadero cariño, quiso interceder en favor de lo que decía su madre y se abrazó a ella diciéndole:

—Dora, haz lo que te dice mamá. Yo no quiero que la gente hable mal de ti...

En el momento de salir las dos mujeres entró Byland y al quedar solo con la joven le preguntó:

—¿Me parece que la visita de esas señoras no le ha sido del todo agradable?

—Nada de particular — respondió Dora indiferente.

—La señora Pleyden se dedica a guiar almas por el buen camino y ahora le ha tocado el turno a la mía. Dice que habla la gente... que necesito una señora de compañía... ¡No sabe ella que yo no puedo soportar tu telas de nadie!

—¿Y qué va usted a hacer? — preguntó nuevamente Eduardo, que no comprendía qué resolución tomaría su amiga.

—Haré lo más sencillo — repuso ésta—. ¡Casarme!

Y acercándose a él le dijo, como si se tratara de la cosa más sencilla del mundo:

—Usted es hombre que no se asusta de nada, ¿verdad, Eduardo...? ¿Qué diría usted si yo le pidiese relaciones?

Eduardo se echó a reir y Dora, extrañada, le preguntó:

—¿No quiere usted casarse conmigo?

El novelista, al ver que hablaba su amiga en serio, adoptó él también el mismo aspecto y le repuso:

—Perdóneme, Dora. No sabía que hablaba usted en serio, pero puesto que es así, le diré que acepto con gusto su proposición.

—Entosces nos casaremos el mes que viene? — propuso Dora.

—No creo que surja ningún inconveniente — respondió el novelista.

—Gracias, Eduardo — exclamó la joven estrechándole la mano como si fuera un amigo.

Eduardo se acercó a ella, convertido, como por arte de magia, en verdadero hombre que sentía al lado de

una mujer hermosa e intentando abrazarla, le preguntó:

—¿De modo que podemos considerarnos como novios oficiales?



—¡No sabe las ganas que tenía de volverla a ver...!

Ella lo rechazó inmediatamente y le dijo, para explicarle del todo su pensamiento:

—No me ha entendido usted, Eduardo. Yo puedo tolerar el matrimonio, el amor nunca. Nuestro matrimonio debe ser solamente de nombre. Yo tendré en su casa un departamento completamente independiente.

Aquello no era lo mismo para Eduardo; pero atraído por lo original del asunto, terminó accediendo y

Dora cerró el convenio con un nuevo apretón de manos a la vez que decía:

—Espero que no quebrantará usted nunca nuestro convenio, Eduardo.

—Prometido — terminó diciendo él.

Y de esta forma Dora Ronsard, la que hasta entonces había huído del contacto con todo hombre, concertó su original matrimonio.

QUINTA PARTE

Llegó el día concertado para la boda y Dora, ante el espejo de su "boudoir", empezó a ser muy distinta de como se presentaba en público.

Estaba arreglándose las pestañas cuando entró Florencia, al verla en aquella ocupación verdaderamente femenil, le dijo alegremente:

—¡Ahora sí que te he sorprendido portándote como una verdadera mujer!

Dora dejó inmediatamente de arreglarse y respondió enérgicamente:

—Te equivocas. Ni lo soy ni quiero serlo.

Florencia, no se daba por vencida y le contestó riendo:

—Si no hay en ti nada de coquetería, ¿por qué te arreglas las pestañas?

—El que una le tenga cariño a sus pestañas, no es ni feminidad, ni coquetería — respondió incomodada Dora.

Flora abandonó el tema, por lo que pudiera suceder

y de pronto, animada por un repentino pensamiento, le dijo a su amiga:

—Se me ocurre una cosa: ¿por qué no das esta noche un baile de disfraces en esta casa, que tiene un marco espléndido para ello?

—No está mal pensado — contestó Dora aceptando la proposición de su amiga. Precisamente tengo aquí un baúl lleno de vestidos antiguos. Yo me pondré el vestido de boda de mi abuela y con él me casaré esta noche.

Las dos muchachas empezaron a preparar todo lo necesario para que el baile resultara lo más lucido y cuando llegó la hora de celebrarse, Dora, vestida a la antigua, parecía una figura arrancada de un cuadro.

Eduardo la contempló durante largo rato y pensó interiormente que nunca la suerte le hubiera podido proporcionar una mujercita tan encantadora como Dora. Llegó hasta donde estaba ésta y le dijo:

—Dora, te suplico que bailes este baile conmigo.

—Yo no bailaré nunca — repuso resueltamente la joven. Si quieres bailar ahí tienes a Florencia, ella aceptará gustosa.

—Es que no quiero dejarte sola — insistió Eduardo. Pero ella, mirándole fijamente le contestó, como si sus palabras contuvieran una sentencia:

—Yo tengo la esperanza de que de hoy en adelante, me dejarás sola muchas veces... Voy a descansar un poco en la biblioteca, no puedo resistir los tacones altos.

Entró a donde decía y al quitarse los zapatos juguetó con sus piececitos que al fin se veían libres de

la cárcel dorada que durante tantas horas los habían oprimido.

Al levantar la vista vió ante ella a Gustavo y exclamó:

—¿No dijo usted a su hermana que no vendría esta noche?

—No pensaba venir — exclamó el joven acercándose a ella —, pero me venció la tentación de verla a usted de nuevo...

Había en sus palabras tal dejo de melancolía que Dora, por primera vez en su vida, sintió lástima de un hombre y le contestó dulcemente:

—Yo le agradezco mucho que haya venido usted, Gustavo... Hace tanto tiempo que no nos vemos que casi le había olvidado...

Gustavo no pudo callar por más tiempo, Dora estaba tan seductora, lo miraba tan diferentemente a otras veces, que cayó a los pies de ella y le confesó toda la pasión que en él había despertado desde el primer encuentro, diciéndole:

—Dora, usted no sabe cuánto deseo decirle lo que está guardado en mi corazón desde hace mucho tiempo... ¡La amo a usted, Dora... la amo!

Por un instante Dora pareció dudar, dejarse convencer por aquella ardiente pasión, su corazón estuvo a punto de traicionarla, pero supo reponerse y le respondió con igual cariño que hasta entonces le había hablado:

—No, Gustavo, no me hable usted así... El amor no existe... es una quimera... Yo voy a casarme con Eduardo, pero sin amor, lo mismo que me casaría con otro

hombre cualquiera que se hubiera comprometido a respetarme

Gustavo, lleno de desesperación por la fría respuesta, exclamó algo exaltado:



La amistad entre Dora y Eduardo...

—Pero, Dora, ¿es que no tiene usted corazón? ¿es que no puede usted amar a quien tanto la ama?

—Yo... yo... — estuvo ella a punto de declararle que también sentía una extraña simpatía por él desde la noche que salió en su defensa, pero nuevamente se sobrepuso a sus sentimientos y le contestó, acariciándole la cabeza dulcemente.

—Yo sufro de verle sufrir, Gustavo... Ya ve usted, seremos siempre buenos amigos... y nos veremos muchas veces.

Y el enamorado joven tuvo que contentarse con aquella sincera amistad que le ofrecía y con ver como otro hombre se apoderaba de la mujer por él tan adorada.

Los nuevos esposos habían cambiado su residencia a la casa de Eduardo y éste respetaba aún la mesa que había hecho a su esposa al casarse y que en el fondo nunca había pensado cumplir, mientras que en la amistad de Dora y Gustavo se hacía cada día más estrecha.

Dora se había hecho a la compañía del joven y pasaba largas horas con él, sin darse cuenta de que ésto suscitaba los celos de su esposo.

Una noche, al volver del teatro, Gustavo intentó despedirse y ella lo retuvo, diciéndole:

—No se vaya usted todavía, charlemos un rato.

Habían entrado en el jardín de la finca y sentándose en un banco, el uno cerca del otro, comenzaron una conversación trivial, de esas que sólo sirven para auyentar los verdaderos pensamientos.

Pero poco a poco, el tema que a ambos retenía, fué suscitándose y Gustavo le dijo:

—Me parece, Dora, que hizo usted una tontería en casarse con Eduardo.

—¿Por qué? — preguntó insinuante ella.

—Porque vivir al lado de un hombre sin amarlo, verlo todos los días, tener que compartir con él su mismo techo, sin ese afecto que une a los seres, debe ser insoportable.

—No lo crea — respondió Dora — Desde que me casé sólo lo he vuelto a ver dos veces. El se encierra en sus habitaciones y yo en las mías... después de todo nada interesante tenemos que decírnos...

La espléndida noche, el fuerte aroma que despedían las flores, el silencio que los rodeaba, embargaba los sentidos de los enamorados y todo les hablaba de amor.

Sin que ellos mismos supieran cómo, se realizó el milagro, sus bocas se buscaron y un beso largo, fuerte, mordaz, unió sus labios en el deseo de la caricia suprema y Dora, reponiéndose al fin, comprendió el peligro que corría y suplicó:

—¡Gustavo, huya usted...! ¡Váyase de mi lado, por favor!

—¡Qué me importa que me vaya lejos! — respondió apasionadamente él — ¡Desde donde esté mi pensamiento la perseguirá por todas partes!

Pero en los ojos de ella había tal expresión de súplica, imploraban con tanto humildad, que el joven no se atrevió a continuar a su lado y marchó hacia su casa.

Eduardo, aquella noche también sentía el misterioso encanto de la brisa primaveral y ante el balcón contempló durante largo rato el jardín. Vió a su esposa sola en él y bajó con el deseo de hacer suyo aquel corazón que siempre se le había mostrado tan rebelde.

Cuando estuvo cerca de su mujer, le preguntó:

—¿Qué haces aquí sola?

—Respiraba un poco de aire de la noche — respondió

Dora, sin darse cuenta del estado de ánimo de su marido, que le contestó:

—¡Hermosa noche...! ¡Pocas habrá como esta que sean tan propicias para amar!

Ella le miró, sorprendida y se levantó para terminar aquella conversación. Mas él, sin poderse contener por más tiempo, la sujetó por la cintura y la besó con infinita pasión.

Por fin Dora pudo deshacerse de sus brazos y exclamó indignada:

—¡Olvida usted su promesa, caballero!

—Nunca pensé cumplirla — respondió él — ¡Eres mi mujer y tengo derecho sobre ti!

—¡Nunca! — respondió Dora — Ya sabe usted la condición que le impuse al ofrecerme a ser su mujer y puesto que la ha olvidado, esta misma noche me trasladaré a mi casa.

El carácter energico de Dora, impidió que Eduardo la siguiera y algunas horas después la joven se había trasladado a su casa de soltera.

Pero Eduardo, enamorado como estaba de ella, no podía conformarse con aquella derrota.

Encerrado en su cuarto de trabajo procuraba olvidar, bebiendo sin cesar, hasta que, sus sentidos exaltados por el alcohol, le indujeron a buscar nuevamente a su esposa.

En su bolsillo encontró olvidada la llave de la puerta de la Mansión Rostand y sin que nadie se diera cuenta de su llegada, entró en la casa.

Un silencio profundo envolvía a toda la vivienda. Conocía de sobra, por sus muchas visitas de soltero,

las habitaciones de su mujer y a ellas se encaminó decididamente.

Dora acababa de acostarse y oyó pasos cerca de la puerta de la alcoba.



...—No se vaya usted todavía.

Tal como estaba, a oscuras, saltó del lecho y se apoderó del revólver que tenía en la mesilla de noche. Al reflejo de la luna, que entraba dificultosamente por el balcón, vió aparecer en la puerta unos pies de hombre y gritó aterrada.

—¡Si da usted un paso más, dispara!

Eduardo, convencido de que había sido reconocido

y que aquella amenaza era sólo para atemorizarlo, no contestó y siguió avanzando hacia donde estaba Dora, que impulsada por su miedo hizo fuego y Eduardo cayó desplomado.

Esperó la joven aún un poco y cuando comprendió que el ladrón había sido herido hizo luz y apenas si pudo contener un grito de asombro al reconocer a su marido.

Corrió al teléfono y llamó a casa de Gustavo, quien continuaba despierto, arreglando su equipaje para marchar al día siguiente.

—¡Pronto...! ¡Pronto, Gustavo! — gritó Dora—. ¡Necesito un médico...! ¡Venga en seguida...! ¡He disparado sobre mi marido!

No se detuvo un instante el joven doctor en acudir a la llamada de su amiga y algunos minutos después se hallaba reconociendo la herida de Eduardo, que continuaba desvanecido en el suelo.

—No hay que apurarse — la tranquilizó Gustavo, después de haber examinado al herido—. Es una herida sin importancia. Dentro de media hora habrá recuperado el conocimiento, mientras tanto cuénteme usted cómo ha sucedido ésto.

La joven, algo más tranquilizada, por las palabras de su amigo, le contó lo ocurrido, diciéndole:

—Estaba yo en la cámara cuando de pronto oí abrirse la puerta de mi habitación. Creí que se trataba de un ladrón, puesto que suponía que Eduardo se hallaba en nuestra casa, y poseída por el miedo, disparé. Cuando me di cuenta de que era Eduardo fué cuando lo llamé a usted,

Ambos quedaron sumidos en un embarazoso silencio, hasta que por fin, según había promocionado Gustavo, el herido abrió los ojos y empezó a darse cuenta del lugar donde se hallaba.

Al ver a los dos jóvenes velando fué cuando comprendió del todo el sentimiento que los unía y para no ser un obstáculo a aquella felicidad llamó a su lado a Dora y le dijo:

—¿Recuerdas que te dije que estaba escribiendo una novela, tomándote a ti por modelo? Tú me has enseñado que una mujer siempre es mujer a pesar suyo. El libro ya está terminado y te devuelvo la libertad para que puedas ser feliz con el hombre que sé que amas.

—¡Gracias, Eduardo, gracias! — respondió ella, estrechándole fuertemente la mano.

Algunos días después, completamente restablecido de su herida, Eduardo obtuvo el divorcio y Dora, la mujer irreconciliable con los hombres, la que no creía en el amor, supo gustar todas las exquisitezas de este dulce sentimiento en los brazos de Gustavo. Ahora si que era mujer y al convertirse en la esposa del hombre adorado, comprendió que había malgastado el tiempo, no creyendo los consejos de su abuelita, que tantas veces le había dicho que la felicidad inmensa de dos seres consiste principalmente en el amor.

LA NOVELA PEQUEÑA

Publicación semanal de novelas sentimentales, muy amenas y emocionantes. Es la única publicación de este género que por

¡ VEINTE CENTIMOS !

Si se abonan los suscriptos a los lectores una novela completa de 64 páginas, magníficamente ilustrada y con portada a todo color.

¡ VEINTE CENTIMOS !

¡ SESENTA Y CUATRO PÁGINAS !

Pedidos:

Bou de San Pedro, 9. — BARCELONA

J. SANXO. — EDITOR

LA NOVELITA

Publicación quincenal de los grandes amores

He aquí la colección sentimental tan deseada y tan descuidadamente servida al público hasta la fecha. Poseer la colección de LA NOVELITA, equivale a formar un precioso cofrecillo en el que se contengan todas las dulzuras de los corazones de los grandes amadores. El estilo de las narraciones es sencillo, pero primorosamente cuidado. Toda la esencia, toda la fragancia de esas rosas imperecederas del jardín de la felicidad, se mantiene intensa en estas nuevas versiones.

Los tres primeros números publicados hasta hoy de LA NOVELITA, darán a usted idea de lo que será esta preciosa biblioteca. Pida usted en todos los puestos de venta, los títulos puestos en circulación:

- 1.—*Desventurados Amores de Romeo y Julieta.*
- 2.—*Trágicos Amores de Otelo y Desdémona.*
- 3.—*Inmarcesibles Amores de los Amantes de Teruel.*

—o—

Editorial Sanxo Ltda.

Bou de San Pedro, 9-Barcelona